

RODRIGO MORALES MANZANARES

Narcodeclaraciones

¿Cuántos hombres forman un cártel? ¿Cuántos existen? ¿Cuál es su capacidad de fuego? ¿Qué afectación real tienen los diversos golpes que se les propinan? No parece haber respuestas sencillas.

La temporada electoral se huele, no en contiendas ordenadas por ofertas serias de los candidatos, sino en las declaraciones. El imaginario se empieza a colmar de soluciones mágicas y reclamos novedosos. Y en esta temporada parece que uno de los temas más jugosos será el narcotráfico. Aun cuando éste se encarga de restregarnos día a día su cruenta presencia, parece que la mira para enfrentarlo no termina de afinarse, sigue sin haber señales contundentes de que vamos transitando por el camino adecuado, y lo que sí hay son reclamos con respecto a quiénes son los responsables de la crisis. Por lo pronto la estela de la inercia deja cada día más muertos. Veamos.

Desafortunadamente ya no son novedad los ajustes de cuentas. Tampoco lo son los decomisos y las detenciones de presuntos narcos. Y sin embargo esta rutinaria constatación de acciones policiacas no termina por alterar la sensación de peligro. Seguimos sin saber dónde estamos parados, cuánto falta para que se empiecen a ver resultados concretos. Si atendiéramos solamente el número de muertos que presuntamente pertenecían a bandas delictivas y lo sumamos con el número de detenciones, ciertamente ya hubiera caído todo un ejército de criminales. Sin embargo, la sensación de que se reproducen a ritmo acelerado es inevitable si repasamos la cantidad de nuevas acciones delictivas todos los días.

¿Cuántos hombres forman un cártel? ¿Cuántos cárteles existen? ¿Cuál es la capacidad de fuego que tienen? ¿Qué afectación real tienen los diversos golpes que se les propinan? No parece haber respuestas sencillas. Nadie puede decir que la autoridad no está ocupada del tema, pero acaso pocos podrían ofrecer un balance de lo actuado.

La preocupación ha trascendido las fronteras y el tema de la inseguridad es un asunto que hoy ocupa la atención de muy diversos medios informativos internacionales. Las cosas siguen siendo graves y, en este inédito marco de conflictividad, el nerviosismo se ha apropiado de más de un miembro de la clase política. Declaraciones poco responsables no han he-

cho sino atizar la preocupación. No es minimizando el conflicto pretendiendo acotarlo a unas cuantas entidades ni exagerándolo al establecer el peligro de que el próximo presidente provenga del narcotráfico como se ayuda a dimensionar el problema. Más bien lo que siembra es inquietud.

En ausencia de información confiable que nos vaya situando con objetividad el alcance del problema, declaraciones sin fortuna, no hacen sino generar la sensación de que el asunto ya rebasó a las autoridades.

Por supuesto que no se trata de un problema de comunicación en el que los medios estén en campaña para magnificarlo: las cifras ahí están, los muertos también. Casi, el problema es el contrario: ¿cómo combatir la costumbre de convivir con la violencia sin perder la capacidad de asombro?

Por su parte, los partidos han entrado en una absurda espiral de declaraciones, como si el problema fuera ubicar quién es más culpable. Como pocos, el tema de la inseguridad es (o debería ser) un asunto de Estado. Sin embargo, el nervio electoral insiste en presentarlo como un

Continúa en siguiente hoja



Fecha 03.03.2009	Sección Primera-Opinión	Página 17
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

asunto de campaña. No creo que una falaz repartición de culpas o de responsabilidades ayude a resolver el problema de fondo. A lo que se debe arribar a la brevedad es a una verdadera política de seguridad que involucre a todos los órdenes de gobierno.

En todo caso, si tras las temerarias declaraciones existe algún tipo de evidencias, lo que debiéramos exigir es que se actúe en consecuencia y se proceda contra quienes, por omisión o por comisión, entorpecen la lucha contra el crimen organizado. Pero seguir inyectando ruido al combate contra la inseguridad, insisto, no hace sino generar la sensación de que las cosas son aún más graves de lo que parecen. No es admisible que los altos funcionarios, quienes disponen de información privilegiada, sean los que pongan las señales de alerta y además no actúen en contra de nadie de aquellos a quienes señalan. No parece entenderse la gravedad del problema.

Ojalá la contienda electoral no contribuya a seguir dispersando esfuerzos y se pueda concretar, con independencia de la competencia por votos, un esfuerzo para arribar a una política contra la inseguridad que ofrezca resultados. Pero, por lo pronto, las *narcodeclaraciones* sólo acreditan la frivolidad del problema.